



INVIERNO CALIENTE

Con el PSOE demediado y los sindicatos en baja, se avecina un pulso radical por la inflamación de la calle

«**E**STO es inaguantable. En cuanto cambie el Gobierno se van a enterar». El flamante marqués de Duro, el genial Mingote, sintetizó con lúcido sarcasmo hace unos meses el panorama social que espera al equipo de Mariano Rajoy a partir de enero. La paz de la calle durante una crisis que ha provocado cinco millones de parados y una quiebra financiera general tiene algunas explicaciones de índole socioeconómica —el ahorro acumulado, el colchón familiar, las prestaciones sociales, la economía sumergida— pero sobre todo obedece a un factor político relacionado con el doble rasero histórico de que se beneficia la izquierda española. Por honda que haya sido la decepción con el zapaterismo, su presencia en el poder ha amortiguado la protesta de unos sectores ciudadanos que más allá del desencanto contemplan al Gobierno socialista con indisimulada simpatía ideológica. Pero esa barrera de afinidad está a punto de desplomarse y además el nuevo Ejecutivo se verá obligado a aplicar el desagradable ajuste que su predecesor ha ido aplazando hasta poner en peligro la viabilidad del Estado.

Por eso la razonable llamada al consenso que Rajoy ha efectuado esta semana a la patronal y los sindicatos está llamada al fracaso. Por buena que sea la disposición al entendimiento de unas centrales sindicales en inicial disparidad de criterio —más sensato el responsable de Comisiones que su displaciente homólogo de UGT, sin duda escocido por la derrota del partido en que milita—, su menguada musculatura organizativa las deja a rebufo del radicalismo izquierdista que domina ya sin tapujos al movimiento de los *indignados* y plataformas afines. Aunque los llamados agentes sociales fuesen capaces de alcanzar improbables acuerdos de reforma laboral, los recortes de bienestar que se avecinan van a sacudir la ambigüedad del 15-M inclinándolo abiertamente hacia su verdadera vocación ideológica, y trocarán las ambiguas críticas a la clase política por una oposición frontal al Gobierno de centro-derecha. Con el PSOE demediado por el descalabro electoral y los sindicatos desgastados por su propia esclerosis, todo apunta a un pulso de radicalidad por el control del malestar de los afectados y la inflamación de la calle. Tendremos un invierno caliente después de este otoño templado.

Por más que la amplia mayoría garantice un aval teórico al ajuste y la sociedad parezca consciente de su necesidad, todo el mundo comprende los sacrificios siempre que no le afecten a cada uno. La movilización está descontada por el Gobierno, pero existen en el PP lógicos temores hacia huelgas como la que acaba de paralizar Inglaterra después de 30 años de paz social. De la fortaleza con que Rajoy y los suyos soporten este previsible embate depende en gran medida la posibilidad de que España aproveche su última oportunidad de evitar el desastre histórico al que parece abocada.